

# LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÉGRAFO,"

## Augurios para pasado mañana

Era después de cenar, en un salón francés. Mujeres guapas, hombres feos que enseñan ciencias graves. Se discutía de la guerra naturalmente. ¿Un año aún, dos años? ¿Hasta acabar con ellos?, decía con adorable ferocidad, una gentilísima que era "madrina" de soldados. Todos hablabamos de cañones y de obuses con la elocuencia incompetencia que nos distinguía a los "civiles". Observé que los arcos de Reims y los "pasteles" de La Tour preocupaban casi tanto como el avance hacia el Rhin. ¡Raza de artistas, en verdad! Se habló del advenimiento de una Francia regenerada y expurgada que se purificaría consagrando "al corazón de Jesús", como el Ecuador. Dos madamas anunciaron severamente, para después de la guerra, la abolición del lujo y la crisis hugonota de la sonrisa. Entonces un anciano maestro que profesaba elegantemente, volvió a nosotros los ojos claros para decirnos:

—Dios mío, padecemos una epidemia de moralismo! Hombres implacables nos prometen que Francia está en camino de redimirse, y Maurice Donnay aseguraba hace poco que nuestras mujeres serán modelo de virtud... mañana. Aunque él entienda de frivolidades mejor que nadie por haber confesado a tan galantes parisenses anfitrión, me atrevo a asegurar que se equivoca. La suma de virtud y de vicio continuará siendo la misma y tal vez es bueno que sea así. Estos urgentes reaccionarios me recuerdan un apólogo antiguo. Cuando el telescopio era una novedad—cuenta un ingenioso autor del siglo XVIII—un fraile y una dama miraban a la luna hinchada y próxima en el vidrio. Si no me engaño—dijo la señora—vislumbro a través de las sombras que se juntan, sin duda dos enamorados. "¡Oh, no!", replicó el fraile—esas sombras sólo son campanarios de catedral". Temo que nuestros virtuosos escritores vean siempre el futuro como el fraile del cuento... El presente por lo menos los está desmintiendo cada día. Nuestras ambulancias, nuestros hospitales, son a la vez el compendio de las más santas abnegaciones de mujer y los mejores salones de flirt. Personas informadas me aseguran que aquellos soldados que practican asiáticos vicios, los coloniales, los "civilizados" de la novela de Claude Ferrere, se están batiendo como gorgonadas de Napoleón. Acabo de leer

en los periódicos la carta de un apache de París, conmovedora, admirable. Los joyeux, los delincuentes de ayer, los antiguos galeotes de Cayena, se sacrifican tan ardientemente y maravillosamente como el católico Peguy. No hablemos, pues, de Babilonias redimidas, no digamos que la guerra nos purifica. El santo y el bandido continuarán ejerciendo su santidad y su truhanería. No pretendamos hacer de la Humanidad una Tebaida. Por lo demás, nada nos valiera en este instante haber sido un pueblo morigerado. "El dios de los ejércitos—observa un filósofo ironista—apoya siempre a quien tiene mejor artillería". Y ved cómo lo que parecía un vicio nuestro es precisamente lo que puede salvarnos. Merced a nuestra frivolidad tan censurada, a nuestra invencible sonrisa, ganaremos. Si es cierto que la victoria le corresponde siempre a quien soporita un cuarto de hora más, nos la dará esta legendaria ligereza de Francia a la que sólo le falta mejor nombre para ser alabada como virtud cardinal en el mundo.

**Ce mepris de la mort, comme une fleur, aux levres,**  
que cantaba el poeta, sorprende a quienes dudaron de la entereza de las almas frívolas, a quienes no supieron recordar con qué despectiva serenidad entregaba su cuello al verdugo cualquiera marquesita de Versalles, ayer, empolvada y casquivana... Morir cuando se ha conocido la vida muelle y regalada de París, parece más difícil en verdad, que marcharse de la Tebaida al Paraíso. Alcibiades, que era una especie de Anunzio más jovial, decía, cuando le elogiaban el valor de los espartanos: "¿Por qué va a sorprendernos? Tan infeliz vida llevan, que deben tener prisa en morir". Pero quienes no sintieron esta premura, quienes estuvieron sólo azevedos a la pagana fiesta y al ferviente rito de la mujer, dan hoy su vida con desahogada elegancia... y este es el milagro francés, el del Marne, el de Carency, el de todos los días... Concertadme estas razones. No las sabé concertar siempre el mundo. ¿Qué le haremos? Nos perjudicaron el champagne y las novelas adulterinas. Era el primero el símbolo de una inconstante exuberancia que se exhalaba en burbujas. Eran las segundas... como conocen ustedes el error de todo el mundo a hallar pareja. "Aquel París", decían los adolescentes afebrados, leyendo clandestinamente novelas de París... editadas, como todos saben, en Berlín, por la simple razón de que la imprenta era más barata.

## POETAS PERUANOS



JOSE GALVEZ  
BAJO LA LUNA

La noche estaba llena de mística grandeza,  
El viento era una queja lejana de agonía;  
Y bajo los ramajes brotaba una armonía  
Sinfónica y tranquila de exótica belleza.

Bajaste sobre mi hombro tu lánguida cabeza  
y unidos por el lazo de igual melancolía,  
Oíamos de las fuentes la vaga melodía  
Y vimos en los astros la calma y la tristeza.

Tú, pálida y llorosa, callabas tu amargura;  
Yo, mudo, melancólico, pensaba en tu hermosura;  
De pronto en un arranque de amor y de egoísmo

Ansí morir contigo bajo la luz plateada,  
Pero te ví tan buena, tan dulce y resignada  
Que me faltaron fuerzas y me exereé a mí mismo.

José GALVEZ.

Aquel Citeres! Y el mundo nos sentenció a desdén perpetuo, comprando vicios, sin embargo... Y he aquí que la actual energía francesa asombra a todo el mundo... Pero los moralistas de aqueudo y a llende continúan. Todo lo explican porque la Francia se regenera. Hasta el día en que nos decidamos a disociar ideas y repetirnos que la franqueza ante el amor no excluye temeridad ante la muerte. "Aun aquellos de entre nosotros cuya vida no fué ejemplar, han adquirido al morir por la patria el derecho de ser juzgados sólo por este fin", decía el viejo Tucídides; y no es cierto que tenemos parecido con los griegos? Hemos vivido y viviremos huyendo de tiranías: Monarca, Iglesia ó Moral, nos dá lo mismo. Y cada vez que sea preciso, sabremos también morir con un "bello gesto"....

Calló un instante el maestro y, como temiera habernos fatigado, sonrió:

—¡Un pueblo incorregible, amigos míos, el menos cuerdo de los pueblos! Elevarnos también estatuas a Napoleón, más nunca erigiremos, como nuestros amigos los holandeses, un monumento al pescador que descubrió la manera de salar el arenque...

Ventura GARCIA CALDERON  
París, 1915.

### Esa tarde...

Para el Poeta M. E. Castillo y Castillo  
Tu es mon Dieu terrible et tendre  
Dueses tu me reduir en cendre  
Sous ton étreinte, de tous mes vœux  
Je t'appelle, je te desire, je te vœux!

POEMES D'AMOUR Gabriel MOUREY.

¡Ah las mujeres!, dijo el bohemio amigo, no las améis. No es que sea refractorio a sus encantos divinos y diabólicos, no... es que he sufrido mucho por ellas. Tú eres joven y estoy seguro que aún no has saboreado ese filtro emponzoñado del amor; querido, ese es un misterio horrible; ni yo mismo me explico la verdadera naturaleza de esos delicados bibelots que les llamó a las mujeres Jean Lorrain. Es verdad que encierran la clave de la vida, que algún día tienen para nosotros el vaso de dulzura, que rasgan con las saetas de sus miradas los velos del corazón y de la conciencia, que dan con sus caricias el verdadero sentido del mundo y de nuestros deberes... pero son malas, muy malas.

Maestro, le interrogué tímidamente, no hay mujeres buenas?— recordaba los suaves esbozos de mi vida sentimental...  
Tienes razón, me contestó al mismo tiempo que ascendía a sus labios la flor de una suprema des-

El paréntesis de mi viaje al Asia y... una rosa blanca en su sepulcro. Yo no sé, pero me parece que tendrás una de esas mujeres, que serás feliz, que tu historia será más larga. Aprovecha. Eso sí, reacciona contra esta mediocidad de mujeres, sabias tan sólo en el divino arte de la crueldad. Sálvate de ellas. Porque caerás en sus garras, es indudable; dejarás acaso algunas gotas de tu sangre en sus labios y hasta quizás un pedazo de corazón... Es la vida... Y nunca se aparte de tí la idea de que las mujeres son malas y que deshojan el ramillete de nuestro amor en aras del olvido, no olvides... No te digo que huyas de ellas, fuera peligroso é infantil, no te sería provechoso, pues tu existencia sería una línea recta, tu pensamiento un desierto sin estímulos... No sabrías que has vivido. Por eso, después de tanto sufrir no me arrepiento, antes bien, quisiera darte nueva vida a esos momentos en que el pié diminuto de la femina me humillaba y su manita nacarada dejaba una huella artística en mi rostro. ¿me comprendes? más no sacrificques por ellas el santuario blanco de la quimera buena...

Bruscamente me volvió la espalda el trágico peregrino a quien las buenas gentes llamaban el anticristo. Macilento, encorvado marchaba por el polvoroso sendero, dejando a cada paso la cruz de un suspiro. Le oí. ¿Qué me había dicho? Vulgaridades... pero verdaderas.

Y sin querer recordé que en mi mente habían ilusiones; sentí la "espiná dorada dentro del corazón" y entré a la almita buena que inclinara su cabezita blonda en mi hombro en espera de un beso.

Julio César ENDARA  
Quito, 1915.

### Un episodio de Joffré

Joffre, el taciturno! Esta gran figura de la Francia moderna es un hombre triste, taciturno. Hace muchos años que pesa esa grave melancolía sobre su espíritu. Tiene una antigua herida sin cicatrizar, ha dicho otro veterano de la guerra del 70, que fué compañero del caudillo de ahora. Y el lance sentimental de la juventud de Joffré, la antigua herida sin cicatrizar, corrió de boca en boca, con el encanto galante y bizarro de un paso de romance.

Un año después de la guerra, llegó a París una linda alemana, Gretchen von Hildesheim. Tenía diez y seis años, como Margarita, y era rubia y blanca como la heroína de Goethe. Era una dulce doncella de balada alemana; sólo faltaba el ruiseñor y el claro de luna, y Joffré, que era entonces un oficial romántico y valiente, supo poner los versos más amorosos a esta linda tonadilla germanica.

En vez de los bosques sagrados y de las viejas abadías, los amantes tuvieron por fondo un pintoresco telón del Barrio Latino. Algún paseo crepuscular por el Bois de Boulogne, selló dulcemente aquella alianza, de modo muy galante, que no podrían sospechar en las cancillerías. Margarita de Hildesheim recompensó largamente al oficial de la nación vencida, y las rosas de Venus hicieron olvidar al caudillo los laureles de Marte.

No contaban los amantes con el orgullo del conde de Hildesheim. Era el orgullo militar y el orgullo de la raza, rancia casta descendiente del emperador Federico Barbarroja, los que formaban una barrera inexpugnable entre el idilio de la rubia Gretchen y el romántico oficial.

—Mi hija no se casará nunca con un francés—exclamó despectivamente el viejo general germano... Joffré recibió la negativa como un latigazo en la cara. Francia era entonces una pobre vencida, amarrada al carro triunfal de Guillermo I. La altivez prusiana era un insulto constante. Alemania se sentía grande, cubierta de gloria. El sueño imperial que acarició Barbarroja iba a ser una luminosa realidad. Era la apoteosis magnífica de la Germania que había preparado el pensamiento teutón, resplandeciente sobre los escombros del porrido imperio napoleónico. Era la férrea férula de Bismarck venciéndolo a Voltaire. La guerra contra la gracia...

Pero contra el orgullo militar se alzaba la ardiente rebelión de dos muchachos apasionados, a la media noche, la ventana de Margarita tenía el encanto poético del balcón de Verona. El Romeo militar y la rubia doncella del Rhin, revivieron la clásica leyenda de amor y de odios feroces de montescos y capuletos. La luna encendía su antorcha de plata para alumbrar el

beso de la despedida. ¡Qué pronto cantaba la alondra de la mañana! Y el ciego ruiseñor seguía trinando en el encantado jardín interior.

Alguna vieja dueña le contó al conde cómo un oficial francés iba todas las noches a hacer el trovador ante la ventana de Margarita. Tenía la niña tres hermanos, oficiales de la Guardia Imperial.

Joffré se batió una mañana, en el bosque de Vincennes, con el hermano mayor. Los otros dos aguardaban el resultado del combate. Era un combate cruento para Joffré. Era un gran tirador de espada, pero no podía matar al hermano de la mujer a quien amaba.

Aquel prusiano a quien odiaba como buen francés, era para él sagrado. Sus compañeros de armas consideraban aquel combate como algo propicio del honor nacional. Sin embargo, el oficial francés no quiso llevar la muerte al hogar de Margarita, y se dejó dar una estocada en medio del pecho.

A Margarita le dijeron que su amante había fenecido en el duelo. Tres días después partió de París la orgullosa familia del conde de Hildesheim. Pero Margarita no volvió a Alemania. El Sena turbio y trágico, el río de los suicidas, arrastró bajo sus puentes el cuerpo de aquella rubia Ofelia alemana, que supo morir por amor como una heroína del divino Enrique Heine. Las sirenas de Loreley cantaron para la blanca Gretchen en el fondo lúgubre del Sena.

Hace cuarenta y cuatro años de este episodio digno de una balada del genio elegíaco de Becker. Joffré era un joven romántico, locuaz, apasionado. Desde entonces su espíritu se trasmutó melancólicamente. Hoy, lleno de gloria, es Joffré el taciturno. ¡Tiene en el pecho una antigua herida sin cicatrizar! Joffré odia el orgullo alemán, esa altivez bárbara y sin entrañas de los Hildesheim, descendientes del medioeval emperador Barbarroja. Este admirable caudillo es la sombra de la venganza. El año de 1872 recibió una doble herida en medio del pecho, que aún sangra en su corazón.

Un soldado de la legión extranjera me ha contado este episodio, que los peludos repiten en el horror de las trincheras, ante la avalancha heroica y refulgente, como una visión wagneriana, de los ejércitos del Kaiser Guillermo.

Silencioso, misterioso, detiene desde hace un año su marcha triunfal, el caudillo que tiene una herida en el pecho.

¡Joffré, el taciturno!

Emilio CARRERE.

## EL VERSO

El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín de malabar, muy cargado de esencias.

La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa.

Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas.

El verso, por donde quiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, amarillentos ó mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que con menos hojas se alza con más gallardía la rama y pasea en ella con más libertad la brisa, nace mejor el fruto.

Pulir es bueno; mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio.

El verso hierve en la mente como en la cuba el mosto.

Mas, ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos, ni se aquilata el verso, luego de nacido, con engalanarlo con aditamentos y aderezos.

Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja á cordel, sino de hombre en cuyo seno se anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor.

José MARTI.

## Libras Esterlinas Y CONDORES

Se compran en esta Imprenta

## CROQUIS ANDINO

Del próximo libro: LIENZOS SENTMENTALES  
Tiende la niebla en el paisaje andino su gasa blanca, indefinible y leve, todo lo pone blanco, hasta el molino que gira lento y perezoso... ¡Llueve!

Por el enigma vago de un camino sesga un rebaño su vellón de nieve —y al ángelus, bañado en oro fino,— da la ilusión de un cromó que se mueve.

Muere la tarde blanca como novia blanca á quien honda decepción agobia con sus azahares y corona leve.

Y tras un manto ténue y opalino me quedo contemplando yo al molino que gira lento y perezoso... ¡Llueve!

J. A. FALCONI-VILLAGOMEZ.

## SERE NATA

**A. Juan R. JIMENEZ.**  
Los árboles sus siluetas  
En el claro.  
Paz.  
Blanca y sagrada como una Hostia para los poetas.

Nadie en la vieja avenida  
Sólo la fuente llorando  
Su quimera, y yo soñando  
Contigo luna dormida!

Calma.  
Paz.  
En lo lejano  
Vibra temblando una queja,  
Que viene, se va, se aleja,  
Con la tristeza de un piano.

Yo, la luna y mis soñadas  
Divagaciones.  
Las horas  
Lentas, tristes y sonoras  
Hablan de dichas pasadas.  
¡Flores, estrellas, fortuna  
De los lueros!

Sonata  
Del agua que teje plata  
Móvil bajo la luna.

¡Silencio!  
Paz.  
Teoría  
De mujeres, triste ronda  
De mujeres, por la fronda  
En doliente romería.

Son blancas y llevan flores...  
Pasan y todas me miran  
Y yo las miro y suspiran  
Por unos viejos amores.

Son las hijas del Olvido  
Que al son de tristes cantares

Van tejiendo con azahares  
y con rosas su vestido.

Son las que esperan un día  
Que siempre se va alejando  
Mientras las va marchitando  
¡La madre melancólica!

Se pierden en la alameda...  
La música de su ida  
Tiene de la hoja caída  
Y del rumor de la seda.

¡Pobres novias!  
He llorado  
Y soñado para ellas.  
¡También las tristes estrellas  
Son novias sin bien amado!

Claro de luna dormido,  
Sonatina de la fuente,  
Sombra del parque silente  
Dénles su paz y su olvido.

¡Y déjame marfileña  
Luna, en tu senda azul rosa  
Mi soñación dolorosa  
Por todo lo que no sueña!

Deja sentir la dulzura  
De la fuente.  
Las congoyas  
Musicales de las hojas  
Que caen en tu blancura.

Deja mirarme y mirarte  
En esas aguas que ungieste,  
¡Como estoy sediento y triste  
Al beber podré besarte!  
Deja verter mis inquietas  
Idealidades;  
¡Oh luna  
Blanca y sagrada como una  
Hostia para los poetas!

José GALVEZ.

## CAMINO DE PERFECCION

Arderá mi sangre loca,  
y en el vaso de tu boca  
te sorberé el corazón.  
Rubén DARIO.

Abre un paréntesis azul  
a nuestro amor sentimental  
y toma un baño bautismal  
en esta luna de Stambul.  
Tal como el tímido algazul  
ven esta noche á meditar,  
y muda y blanca frente al mar  
se al confidente de la ola  
que en el ribazo gris se inmola  
con el espasmo de besar....

Ó parte al bosque milagroso  
como una ninfa de otra edad  
que busca cauta soledad  
para su amor artificioso.  
Nada interrumpe allí el reposo  
—vuelan la alondra y el faisán—  
mas por designios de Satán  
ó del Señor que el mundo hizo,  
habrá en el nuevo paraíso  
otra manzana para Adán...

Sigue á la cima helada y blanca  
de nieve. Mira en derredor  
y quizá pienses que el amor  
no tiene allí morada franca.  
Pero en la tétrica barranca  
que velan nubes fantasmales,  
verás que estás en los umbrales  
prohibidos, pues Natura puso  
en aquel cráter frío y obtuso  
un nido de águilas reales...

Vete al desierto. Arena roja  
que bajo Febo reverbera;  
en el oasis la palmera  
es verdicante paradoja.  
Sale á los labios la congoya  
y el corazón se nos restringe;  
pero una sombra ideal que finge  
la corpulencia de un león,  
ruge una líbrica canción  
á la sonrisa de la Esfinge...

Adonde vayas el eterno  
motivo habrá de aparecer...  
Ya con halagos de mujer,  
ya con torturas del infierno.  
Su isocronismo sempiterno  
nada hay que logre hacer cesar,  
el ave, el bruto, el aire, el mar  
y hasta la tierra majestuosa  
saben la historia voluptuosa  
de esta invencible sed de amar...

Vuelve los ojos al pasado,  
ese pasado de alba y oro:  
cruce en su fuga el blanco toro  
que á Europa rapta vil y osado.  
¿Para qué el vialé á lo ignorado  
buscando aurífero vellón?  
Sigue la larga procesión...  
y pasa hermética Dalila  
cuando duerme el héroe, esquila  
la cabellera de Samsón...

Avanza el tiempo. Ya la vieja  
leyenda griega se perdió  
y de ese mito que pasó  
sólo nos queda la conseja...  
Pero la clásica y bermeja  
silueta grácil de Arlequín  
mancha el follaje del jardín,  
mientras propicio á la emoción  
nada en un lago de pasión  
el cisne mago de Lohengrin.

Después... la Francia y su galante  
corte de amor, de madrigal,  
donde se agita un Cardenal  
llevando al brazo alguna amante.  
Huye á lo lejos el constante  
Des Grioux llorando por Manón,  
y como blanca aparición  
de esa centuria bella y rara  
una carroza azul se para  
para dar paso á Maintenón...

Después... Pastoras de Wateau.  
Lagos dorados de Versalles,  
María Antonieta en su landó  
y atrás Noailles y Lamballes.  
Duelos fortivos en las calles.  
Picas. Hogueras. Guillotina.  
Y luego dulce y femenina  
la voz meliflua y el halago  
de esa morena de aire vago  
que se llamaba Josefina...

(Creece la luz alba en el disco  
de plata. Nube redentora  
miente con boca pegadora  
un enigmático mordisco.  
Sólo nos mira un asterisco  
rojo de sangre, casi irreal,  
y en un impulso saturnal  
que la quimera nos advierte,  
cubrios de duda damos muerte  
á nuestro amor sentimental...!)

M. E. CASTILLO Y CASTILLO.